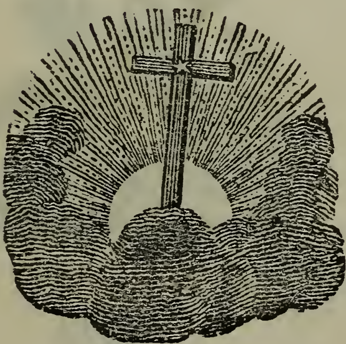
Es del Colegio Semina-
rio de San Luis dado
por el Ilmo Sor Arzobis-
po don Francisco Javier
de Garicoa.



LA RELIJION

demostrada.



LA RELIJION

DEMOSTRADA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

POR EL

DR. D. JAIME BALMES,

PRESBÍTERO.



QUITO:

REIMPRESO POR M. RIVADENEIRA.

1853.

ADVERTENCIA.

No es mi ánimo escribir un catecismo de doctrina cristiana, ni un compendio de la historia de la Relijion; de esta clase de obritas no faltan; solo me he propuesto llenar un vacío, que se halla en la enseñanza de los niños. Se los instruye por medio del catecismo en los rudimentos de la Relijion, y se les hace decorar su historia, pero no se llama bastante su atencion sobre los fundamentos de las verdades que aprenden, y así es que al salir de la escuela para entrar en una sociedad distraida y disipada, cuando no incrédula ó indiferente, no encuentran en su entendimiento las luces que podrian servirles para sostenerlos en las creencias de nuestra Relijion sacrosanta. Abundan por desgracia los hombres superficiales que hablando de lo que no entienden, toman por objeto predilecto de sus pláticas el

combatir la Relijion; ¿y qué armas se han suministrado á los niños durante su educacion y enseñanza, para poder defender su fe, si no en la conversacion, al ménos en el santuario de su conciencia? ¿A dónde pueden acudir los maestros para encontrar compendiados en breves lecciones los fundamentos de nuestra Relijion? Y esta enseñanza ¿no es tanto y mucho mas necesaria, que la de los principios de Aritmética, de Geometría, de Dibujo, y otras con que se prepara el ánimo de los niños, para entrar despues con provecho y lustre en sus respectivas carreras?

Hé aquí el vacío que me he propuesto llenar con la publicacion de esta obrita, que ademas de ser útil á los niños, no dejará de ser provechosa á los adultos. Lamentables son la ignorancia, el descuido que hai sobre estas materias; de todo se enseña, de todo se aprende, menos de saber la razon de nuestra fe; y esta es una de las causas porque esta fe queda en tantos corazones como semilla estéril, si lo que es todavía peor, no se la lleva el viento al primer soplo.

LA

RELIJION

DEMOSTRADA

CAPITULO I.

Existencia de Dios.

LA razon natural basta para conocer que hai un Dios criador de cielo y tierra: porque si viésemos un palacio mui grande, mui hermoso, alhajado con magnífica riqueza, y adornado con esquisito primor, ¿no diríamos que es un insensato el que afirmase, que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los ha fabricado ni ordenado? pues bien, el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de dia, la luna por la

noche; el cielo está poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales, de plantas; el mar y los rios de peces, el aire de aves; las estaciones se suceden unas á otras con órden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas; y en un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿nó ha de existir un Señor que le haya criado y ordenado?

CAPITULO II.

Atributos de Dios.

EL Señor que ha criado todas las cosas ha de ser todopoderoso; pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que ántes no existia; y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres á costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo ántes la materia, porque

el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga á la mano la madera necesaria; pero no existiendo nada, decir, *hágase* y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser infinitamente sábio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras en el cielo y en la tierra; eterno, porque no habiendo sido criado no puede tener principio ni fin; infinito en perfeccion, porque existiendo por sí mismo nada le ha podido limitar, y tiene en sí propio la plenitud del ser; y de consiguiente inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, castigador de los malos, en una palabra: un *Espíritu infinitamente perfecto, criador, conservador y ordenador de todas las cosas*.

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que tenemos delante de nuestros ojos, en

medio del dia; y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece ni bueno ni malo, sin que él lo quiera ó lo permita. Cuando hacemos una cosa por mas en secreto que la hagamos, cuando tenemos un pensamiento ó un deseo sin que exteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplase con mucha atencion y mui de cerca. ¡Qué recuerdo tan á propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPITULO III.

Creacion del hombre.

EL hombre ha sido criado por Dios; así nos lo enseña la Relijion de acuerdo con la razon natural. Para convencerse plenamente de esta verdad, basta recordar que venimos al mundo naciendo de una mujer, que esta mujer tuvo tambien sus padres, y estos otros; y como es claro que al fin hemos de parar á

unos padres que no tuvieron otros padres, estos debieron ser criados por Dios. Esto no admite réplica; del contrário seria menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece que haya podido caber en cabeza humana tamaño delirio.

CAPITULO IV.

Existencia y espiritualidad del alma.

TOdos sabemos por experiencia propia, que hai dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente; esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni nuestro celebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo; que no puede dividirse en partes porque no las tiene; en una palabra, que no es nada de semejante á todo

cuanto vemos y tocamos, ó percibimos con otros sentidos; sino que es de un órden mui distinto, mui superior á todo cuanto nos rodea; es decir que *es una sustancia simple, con facultad de entender y de querer.*

Que nuestra alma es espiritual y no corporal, se deja conocer fácilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos si se los mueve, se mueven, si se los deja quietos, quietos permanecen; es decir que por sí no tienen accion ni movimiento: en nuestra alma se observa todo lo contrario; porque no solo hace mover el cuerpo cuando quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra; y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos á la luz el empeñarse en decir que no sea mui diferente su naturaleza de la naturaleza de los cuerpos.

CAPITULO V.

Adoracion y confirmacion de la misma verdad.

INcreible parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entónces será ó nuestra sangre, ó algun humor, ó algun fluido finísimo, ó algun conjunto de fibras, ó algo por este tenor; cosa que á primera vista se presenta ya tan extraña y repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas, no sea mas que un pedacito de carne, una madeja de nervios, un obillo de fibras, ó alguna porcion de sangre, ó de humores, ó de fluidos por delicados que se imajinen? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homero, de Virjilio y de Taso, las elocuentes pàjinas de Demóstenes, de Ciceron y de Bossuet, los maravillosos cuadros de Miguel Anjelo y de Rafael, ¿cabe ni pensar siquiera que en aquellas cabezas no habia mas que car-

ne, nervios, fibras, sangre, humores, fluidos de distintas clases, pero ningun espíritu? ¿cómo puede concebir semejante despropósito un hombre sano de juicio?

CAPITULO VI.

Inmortalidad del alma; premios y recompesas de la otra vida.

EL alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creido siempre que despues de esta vida hai otra donde se premian las buenas obras, y se castigan las malas; y fuera bien extraño que el linaje humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad, ¿quién se lo hubiera dado á entender á todos los hombres? Esto prueba que Dios le enseñó así á los primeros padres, y que por tradicion se ha ido trasmitiendo á todos los tiempos y paises; de otra manera no es posible concebir como hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos con-

venir en la misma creencia. Es verdad que se la ha explicado de varios modos, segun la variedad de las relijiones; pero en cuanto al hecho principal, es decir la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo: pues que cuando muchos testigos que en nada concuerdan entre sí están sin embargo acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linaje humano está ademas confirmada con otra razon tan robusta como sencilla. Vemos á cada paso que hai malvados que pasan una vida regalada; hai hombres de bien que arrastran una existencia cargada de miserias é infortunios: siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida, el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿podemos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas? ¡Ah! no haga-

mos este insulto á la justicia divina, no degrademos de tal manera nuestra naturaleza, colocándonos al nivel de las bestias.

CAPITULO VII.

Conformidad de la razon con la Relijion en lo tocante al alma, y á la creacion del hombre.

YA hemos visto que nuestra alma es espiritual; y de esto se infiere con toda evidencia, que aunque el cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo esta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y por consiguiente ha debido ser criada por Dios, quien la une al cuerpo mientras este se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta con toda claridad cuan conforme es á la razon lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de nuestros primeros padres.

En efecto: ya vimos que aunque unos

hombres desciendan de otros, y estos de otros, y así sucesivamente, al fin hemos de llegar á un hombre y á una mujer que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados por Dios. Este hecho que la razon nos enseña como necesario, nos lo refiere y explica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura diciéndonos: que Dios despues de haber criado el cielo y la tierra, formó del polvo de esta el cuerpo de Adan, criando en seguida el alma espiritual, para unirla al cuerpo. Es mui hermosa la expresion de que se vale la Sagrada Escritura para explicarnos esta union inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavía alma que le vivificase, yaceria tendido en el suelo, sin movimiento alguno; no feo y deforme como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Crió Dios el alma, la unió al cuerpo, y en el mismo instante se abrieron los ojos de aquella estátua, se animó y avivó toda su fisonomía. Esta transformacion tan

maravillosa como bella, la expresa el sagrado texto diciéndonos, que Dios inspiró en el semblante de Adan un soplo de vida: no porque soplase en realidad, lo que es imposible siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos á entender que debemos mirar el alma del hombre como una cosa distinta y mui diferente del cuerpo; no formada de materia alguna, sino emanada inmediatamente de la Divinidad por medio de la creacion.

CAPITULO VIII.

Continuacion de la misma materia.

EXplicada de esta suerte la creacion del primer hombre, échase de ver que tampoco hai dificultad en lo que nos refiere la Sagrada escritura sobre la creacion de la mujer; cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adan, significándose así, que habia de ser su compañera, recibiendo luego el alma del

propio modo que habia sucedido con el varon. Concíbese tambien mui claramente, cómo unidos por Dios en matrimonio, y fecundizada esta union con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linaje humano, y extenderse por la faz de la tierra. En vano han buscado algunos filósofos orgullosos un medio para sustraerse en este punto á la autoridad de los libros sagrados; el velo que cubre la cuna de la humanidad solo le levanta la Relijion, y fuera de su augusta enseñanza solo se encuentran sueños y delirios. No forcejemos en vano contra la fuerza de la verdad, no cerremos obstinadamente los ojos á su purísima luz; ántes bien demos gracias al Dios de bondad que por medio de la revelacion se ha dignado ponernos á cubierto de las cavilaciones y estravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro oríjen.

CAPITULO IX.

Existencia de una Relijion verdadera.

Dios nos ha criado, nos conserva, nos dirije; él es nuestro principio, él es nuestro fin; y nuestra alma que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir á encontrarse un dia en presencia del Juez supremo que le pedirá cuenta de todas sus acciones, y le dará, conforme á sus merecimientos, ó el premio ó el castigo. En esta vida pues debemos ya prepararnos para la otra, debemos conocer nuestro oríjen, nuestro destino y los medios que para llegar á este destino nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos los proporciona la Relijion; y esto basta para demostrar su existencia, pues si ella no existiese, estaria el hombre en el mundo como un huérfano abandonado, de quien nadie cuida, que ni sabe de dónde ha salido, ni en qué ha de parar.

El hombre ha de amar á Dios porque es infinitamente bueno, y ademas porque le ha colmado de tantos beneficios, ha de tributarle por ellos acciones de gracias, y ha de adorarle como á Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos tanto interiores como exteriores en que rinda su culto á Dios, ha de hacerlo de una manera agradable á la Divina Majestad, y cual conviene á una criatura que ofrece su homenaje al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas en este culto, luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres, luego ha de haber una Relijion, la misma para todos los hombres, y en que vivan seguros de que observando lo que ella prescribe, cumplen con la voluntad de Dios, y caminan por el sendero que conduce á la eterna felicidad.

Decir que todas las relijiones sean igualmente buenas, que tanto importe ser cristiano como sectario de Mahoma, judío como idólatra; es lo mismo que negar la Providencia, es afirmar

que Dios despues de criado el mundo ha dejado de cuidar su obra; es pretender que el linaje humano marcha sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirá tal vez que un Dios infinitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras adoraciones? Pero entónces, ¿para qué sacar de la nada á esas criaturas, si no habia de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios, fuera razon suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaria tambien que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¿qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada á una criatura, á quien luego habia de abandonar, sin dar oido á sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta ó aquella lei, que le tributara este ó aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las mas horrorosas tinieblas? ¿Quién puede concebir seme-

jantes absurdos? Esto seria equivalente á negar la bondad y la sabiduría de Dios: y un Dios sin sabiduría y sin bondad no seria Dios.

CAPITULO X.

Lamentable ceguera de los indiferentes en Relijion.

NO faltan algunos que sin negar definitivamente la verdad de la Relijion, no lo están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera ó falsa. "No quieren meterse, segun dicen, en esas cuestiones; no saben lo que hai sobre esto, ni quieren darse trabajo por saberlo." Estos se llaman *indiferentes* en materias de Relijion. Por cierto que no puede haber estado mas lamentable que el de *indiferente*; porque si bien se mira tiene algo de peor que el de aquellos que son irrelijiosos por sistema, y que atacan la Relijion. Porque el hombre que niega su verdad, que disputa,

que se empeña en convencerla de falsa, al menos se ocupa en ella; entre tanto la examina, y andando el tiempo puede venir dia, en que ó por medio de un libro, ó de la conversacion con algun hombre sabio, se quede él desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la Relijion. Pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado á imajinar como cosa indiferente el que sea verdadera ó falsa, este tal, como ni leerá, ni consultará sobre la materia, no saldrá jamás de su mal estado, y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuan contrario es á la razon, y á las reglas mas comunes de prudencia, un sistema semejante, bastará considerar, que la Relijion no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre; sino que se propone nada menos que enseñarle su oríjen, su destino, y los medios que para llegar á este destino debe practicar. Es decir, que en la Relijion ha de encontrar el

hombre lo que mas le importa, lo que mas le toca de cerca; y no puede prescindir de ella sin exponerse á gravísimos peligros. En efecto, por mas que una persona sin relijion suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que vale la pena de ser examinado. Porque la razon y la experiencia nos aseguran de que ha de venir un dia en que hemos de morir: entónces, sin remedio, hemos de experimentar por nosotres mismos si hai otra vida ó nó; y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodeará nuestro lecho de agonía dirán: *ya ha muerto*; en aquel mismo instante, nosotros mismos hemos de experimentar lo que hai sobre la otra vida. ¿Y quién será tan loco de arrojarse á la eternidad, sin cuidar de si en ella se encuentra algun peligro de hacerse infeliz para siempre, sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hai nada de todo lo que

dice la Relijion, que quizàs el alma muere con el cuerpo; pero ¿y si hai realmente lo que dice la Relijion, si el impío se equivoca, si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hai un cielo para los buenos, y un infierno para los malos? ¿A dónde podrá ir un hombre que en vida no ha querido cuidar de saber si la Relijion era verdadera ó falsa? ¿podrá esperar de ir al cielo quien no ha querido saber si habia cielo? Quien pasa su vida sin averiguar, ni si hai un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hai una regla para encontrar la verdad en las materias de mas importancia; quien vive en un olvido tan profundo de sí mismo, ¿podrá menos de ser culpable delante de Dios? ¿podrá quejarse si se le destina á un lugar de castigo eterno? Increible parece que haya hombres que vivan en tal ceguera; el corazon se acongoja al verlos marchar distraidos hácia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPITULO XI.

Corrupcion del linaje humano.

EL hombre presenta á cada paso tan extraña mezcla de nobleza y degradacion, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de la mano de Dios. En efecto: mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra, mientras que adivina el curso de los astros, y penetra en los mas hondos arcanos de la naturaleza; le vemos tambien lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un corazon noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una accion jenerosa, pero que se pega tambien á los objetos mas viles, y sabe abrigar la crueldad, la traicion y la perfidia; es capaz de concebir y de realizar ajigantados proyectos, y de arrostrar impertérrito todo linaje de peligros, y quizás tiembla pavoroso á la

vista de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por solo tropezar en la dificultad mas liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por donde quiera que miremos al hombre, encontramos una extraña mezcolanza que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexion sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el amor de la felicidad y la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura á nuestra alma; por manera que no parece sino que dentro de cada uno de nosotros hai dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno el otro malo, el uno cuerdo el otro loco. Y por lo que toca á la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible dirán los incrédulos, que una mons-

truosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno? Aquí sin embargo, aquí, al responder á esta dificultad, es donde la Relijion católica muestra toda su elevacion y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus mas irrecusables títulos para probar que ella, y solo ella, es la verdadera.

La Relijion no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que no se vean en su ser y en su conducta irregularidades monstruosas; no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla; sino que dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como habia bastado para confundir á los mayores filósofos de la antigüedad, la arrostra de frente, y dice: "Sí, el hombre yace en el error y en la corrupcion; pero, ¿quereis comprender el secreto? ahí está; en uno de los dogmas que yo enseño, en

el pecado orijinal. El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino que es un hombre dejenerado. Dios le habia criado inocente y feliz: su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad, su voluntad ajustada á los dictámenes de la razon y de la lei divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar, su corazon rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado á su descendencia, si se hubiese conservado sumiso á los mandatos de Dios; pero el hombre pecó; y por inescrutables designios del Altísimo, ha quedado todo el linaje de Adan, infecto de la culpa, y sujeto á la pena. Hé aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imájen y semejanza del mismo Dios, pero la mancha del pecado ha desfigurado la hermosa imájen; cuando vemos al hombre intelijente, inclinado á la virtud, alzando su noble frente para mirar el cielo, vemos allí la imájen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la

corrupcion, en las angustias del infortunio vemos el estrago hecho en la bella imájen por el borron del pecado."

Así es como explica la Relijion las contradicciones y monstruosidades del hombre; y si bien es verdad que la misma explicacion es tambien un misterio mui superior al alcance de la intelijencia humana, tampoco puede negarse que al través de las sombras que encubren el augusto arcano, se divisa tal fondo de razon y de verdad, y que despide el misterio del pecado orijinal tan abundante luz para poner en claro el universo entero; que nuestro entendimiento se encuentra satisfecho, y dice para sí: "Este misterio es superior á tu razon, pero no contrario á ella."

CAPITULO XII.

Reparacion del linaje humano por Jesucristo.

CAido el hombre del estado de ino-

cencia y felicidad en que habia sido criado, infecto de la culpa, echado del paraiso, sujeto á toda especie de penalidades y miserias, y por fin á la muerte, hubiera sido horrible su situacion, si Dios por su infinita misericordia no hubiese querido remediar tomaña catástrofe, enviando á su Hijo Unijénito para que todos los que creyeran en él, no pereciesen, sino que tuvieran la vida eterna. Sin duda que Dios hubiera podido perdonar al humano linaje su culpa, y condonarle la pena merecida, sin exijir satisfaccion de ninguna clase, porque el mismo Dios era el ofendido; y ademas ¿quién señala lindes á su omnipotencia? Podia tambien exijir una satisfaccion, alcanzarla de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no están ocultas á la sabiduría infinita, ni están fuera del alcance de la mano todopoderosa; pero quiso que la misma caida del hombre sirviese para manifestar mas y mas la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el ina-

gotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfaccion, y no como quiera, sino una satisfaccion completa; pero el hombre miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caido de la gracia, sentado en las sombras de la muerte; ¿cómo podia dar satisfaccion semejante? Parece que el alma forceja para encontrar un medio, pero es en vano; el corazon se entristece y se acongoja, la mente se abate y se anubla. ¡Profundos designios de un Dios! "El Unijénito del Padre, imájen del mismo Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos y morirá por fin en afrentoso patíbulo; ofrecerá sus dolores, sus tormentos y muerte, en expiacion de los pecados del mundo, y para la reconciliacion del humano linaje; los que vivan ántes del Salvador, se salvarán con la fé en el Mediador venidero, uniéndose á Dios por la esperanza y la caridad, y los que vengan despues de él, se salvarán con la fé en el mismo Mediador, unidos á él por la esperanza y la caridad, formando

un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será rejido por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y principalmente por una cabeza visible, representante y vicario de Jesucristo en la tiera. "Hé aquí lo que decretó el Eterno, y lo que ha realizado para salvar al humano linaje: ¿puede darse nada mas grande, mas augusto, mas admirable? No podia caber en el pensamiento humano excojitar un medio como este, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface en un Dios manifestándose esta justicia en su aspecto mas imponente y terrible, pues que la víctima que exije es nada menos que un Dios; en que la misericordia resplandece admirablemente, pues que Dios se compadece de los hombres hasta darles á su Hijo Unijénito, y entregarle á la muerte: en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando extremos tan opuestos, como son el ejercicio simultáneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita, haciéndose todo por

medio de esa incomprensible comunicacion de Dios con el hombre, resultando por el augusto misterio de la Encarnacion, un Dios Hombre. ¡Ah! jamás relijion alguna se ha presentado tan grande como la Relijion Católica, al explicar esos profundos arcanos del Todopoderoso; jamás ninguna ha ostentado tan magníficos títulos para arrebatar desde luego nuestra admiracion, para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, solo puede haber emanado de Dios.

CAPITULO XIII.

Verdad de la venida de Jesucristo.

SEgun la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre, y padeció y murió por la salud del linaje humano. Nuestro entendimiento no es capaz de

comprender este tan sublime misterio; y ni aun hubiéramos pensado jamás en él, á no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por mas inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En primer lugar nadie puede negar que existió en la Palestina, habrà cosa de diez y ocho siglos, un hombre llamado Jesus, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de jente, y que al fin murió en un patíbulo. La existencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personajes célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros, ó de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan existido Homero, Alejandro, Ciceron, César, &c., &c., sino porque de la existencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo

mismo sus sucesores, y así en adelante hasta llegar á nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto á Jesus; de él nos hablan los que vivian en su tiempo, explicándonos cual era su patria, cuales sus doctrinas, quienes sus amigos, quienes sus enemigos, cual fué su vida, cual su muerte: los hombres que vinieron al mundo desde entónces hasta ahora, han continuado hablando de Jesus; y aun aquellos que han pretendido que no era Dios, ni enviado de Dios, no han dicho que no haya existido: luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya existido Jesus, afirmando que su existencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijere que Sócrates, que Alejandro, que César no han existido jamás; porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPITULO XIV.

Divina mision de Jesucristo.

RÉstanos ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios, y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han existido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran mas que pérfidos impostores que engañando á la muchedumbre procuraban hacer su negocio, ó miserables alucinados que tenian desconcertado el celebro. En una de estas dos clases ponen á Jesucristo los enemigos de la Relijion; y aunque es bien claro que la sola idea de tal blasfemia hace horrorizar á todo cristiano, es sin embârgo mui conveniente que procuremos manifestar á la luz de la razon, la suma injusticia y lijereza con que proceden en esta parte los enemigos de Jesucristo. Su sola persona se presenta ya á primera vista tan extraordinaria, tan superior á todos

los hombres que han aparecido sobre la tierra, que ya desde luego se descubre en él algo de maravilloso y divino. Sus costumbres son las mas puras, sus palabras sábias y sentenciosas; su trato en extremo amable, respira una sencillez tan majestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y tan sorprendentes, tal elevacion de conceptos y sentimientos, que hasta el mismo impío Rousseau exclama admirado: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios."

Hasta los mismos enemigos de la Relijion cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo mas puro, mas noble y elevado que se ha visto jamás. Toda la doctrina de los filósofos antiguos es nada en comparacion de la de Jesucristo: ya sea que le oigamos hablando del hombre y de Dios, ya sea que examinemos la basa en que hace estribar su doctrina moral, ya sus preceptos y consejos, ya lo poderoso de los motivos para inducir al hombre á la

práctica de todas las virtudes. Siendo Jesus salido de una familia oscura y po. bre no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, ¿quién le habia comunicado tanta sabiduría? ¿no es esto una prueba de que era enviado de Dios, de que no era un impostor? Cuando algun hombre quiere engañar á otros, lo que procura es halagar sus pasiones y caprichos, disimulando y excusando sus faltas; cuida de buscar la proteccion de los poderosos, y por lo comun no se olvida de labrar su propia fortuna: pero Jesucristo todo al contrario; siempre reprendiendo el vicio, siempre contra las pasiones, siempre predicando su moral severa. Busca con preferencia á los pobres, á los desvalidos, ama mui particularmente á los niños, y es tan desinteresado, que no tiene sobre que reclinar su cabeza. ¿Son estas señales de ser un engañador? si tal hubiera sido ¿no habria al menos procurado evitar los tormentos y la muerte? ¿es posible que se hubiese olvidado de sí mismo hasta tal punto, que á pesar de que veia

que tan de cerca le amenazaba el patíbulo como lo aseguraba él mismo, nada hiciese para librase de la afrenta tan horrorosa? ¿y el morir con tan serena calma, el no pronunciar una palabra contra sus enemigos, contra aquellos mismos que le estaban insultando y atormentando, el orar por ellos pendiente de la cruz, ¿no manifiesta que en aquel corazon se abrigaba lo que jamás se habia abrigado en el corazon de otro hombre?

CAPITULO XV.

Continuacion de la misma materia.

ADemas, quien no sea enviado de Dios no puede hacer milagros; porque como solo Dios puede hacerlos, es claro que aquel hombre en favor de cuya doctrina se hacen, ha de ser precisamente enviado de Dios; porque de otra suerte se siguiera, que Dios confirmaria

el error con muestras de su omnipotencia. Jesucristo hacia de continuo milagros: resucitaba muertos, restituia la vista á los ciegos, el oido á los sordos, la palabra á los mudos, el andar á los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades, andaba sobre el mar como sobre un cristal, con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tempestad. Y que los hacia es tan cierto, que ni sus mismos enemigos se atrevian á negarlo, como que no sabiendo á qué ocurrir, decian neciamente, que Jesus obraba por virtud del demonio; como si hubiera sido esto posible en quien los echaba de los cuerpos, en quien con la santidad de su doctrina presentaba una firmísima prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linaje humano.

Los que se atreven á dudar de los milagros de Jesucristo debèrian tambien dudar de todo lo demas que nos refieren las historias. Porque ¿cómo podemos saber que en tal tiempò, en tal lu-

gar, ha habido una guerra y que en ella se ha distinguido mucho un jeneral, que ha tomado estas ó aquellas plazas, que ha conseguido estas ó aquellas victorias? Es bien claro que el único medio, que tenemos es, que así nos lo refieran hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, ú oido al menos de boca de testigos que merezcan toda fe. Esto sucede con los milagros de Jesucristo: pues que aun mirando la Sagrada Escritura no mas que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fe hombres que nos refieren lo que ellos han visto, que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesus, quienes sin duda los hubieran desmentido, si se hubiesen arrojado á mentir, hombres que tan convencidos estaban de lo que decian, que murieron en los patíbulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI.

El cumplimiento de las profecías otra prueba de la divinidad de Jesucristo.

OTra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en él de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningun enlace necesario con las que han sucedido, solo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo, por el mismo órden de la naturaleza; puede tambien pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena ó mala cosecha, todo con mas ó menos probabilidades de acierto, segun sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí á quinientos, ó á mil ó dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir, la propagacion de su doctrina

por toda la tierra, la sociedad que ha de formase de sus discípulos, en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precision como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algun hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que èste hombre será el Salvador del mundo, que nos llevará la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habrémos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo esto se verificó en Jesucristo, y de tal manera que á veces leyendo los Profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecucion de Herodes, la huida á Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicacion, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagacion de

su doctrina, la fundacion y duracion de su Iglesia, todo se halla pronosticado de muchos siglos ántes, y con una precision que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del dia. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados; basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídides ú otro libro cualquiera; cotejar la fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos ántes de que él viniese al mundo.

CAPITULO XVII.

Continuacion de la misma materia.

NO solo se cumplió en Jesucristo todo lo que de él habian anunciado los Profetas, sino que él mismo hizo varias

profecías, y todas las vemos cumplidas con una exactitud sorprendente. Antes de morir pronostica la ruina de Jerusalen, y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y en efecto, al cabo de algunos años fué destruida Jerusalen, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad, sucedieron tantos horrores que los cabellos se erizan al leerlo. Anunció Jesucristo à sus apóstoles los trabajos, los tormentos y la muerte que habian de sufrir por su nombre; y nadie ignora que los apóstoles anduvieron por el mundo sellando con sus padecimientos y su sángre la fe del divino Maestro. Predijo tambien que su Iglesia se extenderia admirablemente, y que no pereceria jamás, á pesar de todas las contradicciones del infierno; y así ha sucedido y lo estamos viendo con nuestros ojos, y palpando con nuestras manos.

¿Qué mas se quiere para comvencerse de que Jesucristo era realmente enviado de Dios, y de que, como nos dijo él mismo, y nos dice nuestro Santa

Madre la Iglesia Católica, era Hijo de Dios y Dios como su Padre; y por consiguiente de que la doctrina que él vino á enseñar al mundo es la pura verdad, pues que siendo Dios no podia engañarse ni engañarnos?

¡Cuán lamentable ceguera es la de aquellos infelices que se empeña todavía en cerrar los ojos á tan luminosas verdades! Hacen alarde de no creer nada, dicen orgullosamente que todo esto son preocupaciones, y en su vida quizás han leido un libro de aquellos en que se prueba la verdad de la Relijion: y todo el fundamento que tienen para no creer, es el haber oido cuatro necedades de boca de algun hablador ignorante. ¡Ah! compadezcámonos de su miserable ceguedad, y veamos si podemos lograr que al menos nos escuchen; que si esto logramos, no será difícil, con la gracia de Dios, el que vuelvan á entrar en el rebaño de la Iglesia.

CAPITULO XVIII.

Argumento irrecusable á favor de la divinidad de la Relijion cristiana.

DEspues de haber presentado tan convincentes pruebas de la verdad de la Relijion cristiana, concluirémos con una que se presenta de bulto á los ojos de todo el mundo, y para cuya compension no se necesita, ni consultar la Sagrada Fscritura, ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni examinar los milagros que hizo Jesucristo, ni las profecías que le anunciaron, sino únicamente dar una mirada á hechos que nadie disputa.

Para mayor intelijencia supondremos que nada sepamos de cierto sobre las demas pruebas que manifiestan de un modo irrefragable la verdad de la Relijion. Nadie niega, ni aun los mismos impíos, que Jesucristo cambió la faz del mundo entero: el mundo era idólatra y se volvió cristiano. Nadie puede dudar tampoco, pues que lo ve-

mos con nuestros ojos, que la Relijion enseñada por Jesucristo dura todavía, ocupando una gran parte de la tierra; nadie pone en disputa que Jesucristo era un hombre de condicion humilde y pobre, que lo mismo eran los apóstoles, y que para el planteo y propagacion de la Relijion cristiana, no se hizo uso de la fuerza de las armas; pues no creo que nadie haya dicho jamás, que Jesucristo ni sus apóstoles fueran conquistadores; por fin nadie puede negar que los preceptos y consejos de la Relijion cristiana están en lucha abierta con nuestra pasiones, que las contrarian á cada paso, exijiéndonos con frecuencia sacrificios harto dolorosos á nuestro corazon.

Sentados estos hechos todos incontestables, todos al alcance de todo el mundo, emplearé el argumento de san Agustin. El cambiar la faz del universo, logrando que sin fuerza, sin armas, sin violencia de ninguna clase, se alistaran en la Relijion cristiana personas de todas edades, sexos y condiciones; ancia-

nos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, y esto no como quiera, sino perdiendo sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los mas crueles tormentos; conseguir que esa relijion se arraigase, se extendiese y perpetuase á pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sábios del mundo, de la resistencia de todas las pasiones; cambiar repito la faz del universo de tal manera, ¿lo hicieron Jesucristo y sus apóstoles, haciendo grandes milagros ó nó? si fué con milagros, entónces la Relijion cristiana es verdadera; si sin milagros, entónces preguntaré, si no es el mayor de los milagros el convertir el mundo sin milagros; preguntaré, si estaban locos los hombres que sin pruebas, sin ninguna señal de mision divina, sin nadie que los violentase, ántes exponiéndose á morir en un patíbulo, quisieran seguir la doctrina de unos cuantos predicadores pobres, ignorantes, enviados por otro hombre que habia sido condenado al último suplício? Esto no tiene réplica: reflexionen

sobre ello los que tan lijeramente niegan la verdad de nuestra Relijion, y vean si encontrarán aquí mas solidez que en los frívolos discursos de aquellos que los han engañado.

CAPITULO XIX.

Se deshace el argumento fundado en la extension y duracion del Mahometismo.

DIrán quizás algunos que la relijion de Mahoma tambien se ha extendido mucho; pero á esto responderemos que Mahoma y sus sucesores extendieron su relijion por medio de las armas; sus pruebas eran la cimitarra levantada sobre la cerviz de los vencidos; *ó creer ó morir.* ¿Lo hacian así los apóstoles andando solos por el mundo, sin mas armas que su cayado? Mahoma al empezar sus predicaciones, era ya un hombre mui rico y poderoso, instruido al estilo de su tiempo y pais, tenido por sábio entre los suyos, y que ejercia con-

siderable influencia; Jesucristo era de condicion humilde, no habia aprendido las letras y era tan pobre que nació en un pesebre, y no tenia donde recostar su cabeza. Mahoma lejos de contrariar las pasiones, las halagó, concediendo á sus sectarios amplísima libertad en aquellas cosas que mas seducen y arrastran el corazon del hombre; pero Jesucristo lejos de halagar ninguna pasion, lejos de disculpar ningun vicio, siempre habla con entereza contra todo desarreglo, nada disculpa de malo, y muestra con su palabra y con su ejemplo el estrecho sendero de la virtud. ¿Qué tiene pues que ver Mahoma con Jesucristo? Al fin bien examinada la cosa, vemos en Mahoma á un hombre ya poderoso, que por varias mañas se hace rei, que despues extiende su reino por medio de la conquista, y que impone su relijion á sus vasallos, como otros conquistadores han impuesto á los vencidos otras leyes: ¿qué hai aquí de divino, de milagroso? Habrá si se quiere astucia, habilidad, valor, ó cosas semejantes;

pero de sobrenatural no hai nada; nada hai que ni compararse pueda siquiera con lo ejecutado por Jesucristo.

CAPITULO XX.

Se deshace la dificultad fundada en la idolatría.

QUizás tambien no faltará quien diga que la idolatría estaba, ántes de la venida de Jesucristo, extendida por casi todo el mundo, y que aun conserva sujetos á su dominio muchos pueblos de la tiera; y que de esto sin embargo no se sigue que la idolatría sea la relijion verdadera.

Ya hemos visto cuán flaco es el argumento que se saca de la relijion de Mahoma; pues aun es mucho mas flaco el que acabamos de proponer fundado en la extension y duracion de la idolatría. Porque en primer lugar la idolatría, no es una relijion, sino un conjunto de todos los errores y monstruosidades; en

unos tiempos y paises se presenta bajo una forma, en otros bajo otra mui diferente: no vemos en ella una relijion planteada con un sistema arreglado, sino una informe masa de errores que se van amontonando con el tiempo, que se compone de verdades alteradas y desfiguradas, de ficciones del todo arbitrarias, de alegorías mal comprendidas, de pasiones divinizadas: pero nada vemos de uniforme, de fijo, nada que indique un plan, no solo inspirado por Dios, pero ni siquiera arreglado por un hombre.

¿Cómo pues se atreverá nadie á comparar con la idolatría la relijion cristiana? ¿Esa Relijion santa en que todo es uniforme y arreglado, todo noble, todo puro, todo grande, con aquella relijion despreciable en que todo es vario, todo informe, todo mezquino, y afeado á cada paso con la negra mancha del vicio? Esa Relijion divina, tan acorde con todas las luces naturales, que si bien enseña misterios superiores á la razon, nada enseña de contrario á la ra-

zon; ¿quién puede compararla con ese monstruoso conjunto de errores y delirios de la idolatría? ¿con esa turba de dioses y diosas que riñen entre sí, que se aborrecen, se envidian, se hacen la guerra, que cometen hurtos y adulterios, que se manchan con toda clase de vicios, que patrocinan la corrupcion, que se complacen en los sacrificios de sangre humana, que exijen para su culto los actos mas vergonzosos, y que arremolinados y confundidos sin órden ni concierto, están todos sujetos á cierta divinidad ciega, inflexible, que nadie sabe lo que es, y que solo se llama *destino*? Cosa que ya á primera vista tanto repugna á la razon, ¿habrá quien ose compararla con nuestra Relijion augusta? Para convencerse de lo monstruoso de semejante comparacion, ¿se necesita acaso mas que abrir uno de esos libros en que se contiene la historia de los falsos dioses, y cotejarla con la doctrina del catecismo cristiano, ó con las narraciones del Viejo y del Nuevo Testamento?

CAPITULO XXI.

Divinidad de la Iglesia católica.

HEmos demostrado que Jesucristo no era un impostor, que tenia todos los caracteres de enviado del cielo; luego todo lo que él enseñó es la pura verdad; luego lo que él prometió se cumplirá; luego la Santa Iglesia que él fundó durará, como él mismo dijo, hasta la consumacion de los siglos; luego esta Iglesia á quien prometió su asistencia, no puede engañarnos; y por consiguiente debemos descansar tranquilos en su fé, sin que nos sea permitido dudar de ningun artículo de los enseñados por ella.

Esta Iglesia en cuyo seno debemos estar, es la Iglesia católica, apostólica, romana, la que reconoce por cabeza visible al Pontífice Romano: porque no seria bastante que estuviéramos convencidos de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y de que vino

al mundo para redimirnos, y de que todas las relijiones, fuera de la cristiana son falsas, si no estuviéramos unidos con la verdadera Iglesia que es la católica romana. Es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el particular, porque como las sectas separadas de la Iglesia católica se denominan tambien cristianas, seria posible que algun incauto se dejase alucinar con la santidad del nombre, y cayese en error juzgando que basta pertenecer á una de esas sectas para alcanzar la eterna salvacion.

CAPITULO XXII.

Falsedad de las sectas separadas de la Iglesia Romana.

SI se quiere manifestar el extravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglesia Romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caido, sino que será suficiente presentar una razon, que mili-

tando igualmente contra todas, las convenza de falsas á todas. Para esto les preguntarémos, ¿cuál es la verdadera Iglesia? es claro que han de convenir en que es aquella que habiendo sido fundada por Jesucristo y los Apóstoles, ha continuado hasta nosotros. Ahora bien ¿cnál es la Iglesia que reune semejantes caractéres? ¿es la Católica Romana, ó alguna de las otras? Preséntense todas en línea, la luterana, la calvinista, las protestantes todas; y con una sola pregunta las dejarémos confundidas. Esta pregunta será: ¿quién te fundó? A mí, responderá la una, me fundó Lutero; á mí Calvino, dirá la otra; á mí Socino, contestará esta; á mí Fox, dirá aquella, y así podrán ir siguiendo todas; es decir que su antigüedad sube á doscientos, ó á lo mas á trescientos años: cuando la fundacion de la Iglesia Romana es del apóstol San Pedro, y la sucesion de sus Pontífices viene por una cadena no interrumpida desde San Pedro hasta el actual Pontífice Gregorio XVI. Este es un argumen-

to que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes: y que á decir verdad, tampoco se atreven á negarlo.

CAPITULO XXIII.

Se dan algunas reglas para no dejarse engañar por los protestantes; y se deshacen algunas de las dificultades que estos suelen proponer.

¿QUé dicen pues los protestantes para encubrir su apostasía? dicen que la Iglesia Romana se habia corrompido, que habia errado, y que por tanto era necesario corejirla y reformarla; como que ellos se llaman á sí mismos *reformados*, y á sus iglesias *Iglesias reformadas*. Como en semejantes disputas suelen aparentar los herejes mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por raciocinios que nada prueban.

Es necesario tambien tener por sos-

pechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta, y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia católica romana, los arrastran con frecuencia hasta la calumnia; ya finjiendo lo que jamás ha existido, ya abultando y ennegreciendo lo verdadero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante versado en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo ó no mas ó menos corrupcion en tal ó cual tiempo, en este ó aquel lugar, ni si tal ó cual eclesiástico ú obispo cumplió sus deberes ó no; el modo mas expedito y mas juicioso de responder á semejantes dificultades es el contenido en el siguiente diálogo.

Dirá el *protestante*: en tal siglo habia tal y tal abuso, aun en Roma se veia este ó aquel exceso; los eclesiásticos no cumplian con sus deberes, se abandonaban al vicio.

Católico. Prescindiré de lo que haya de verdadero ó falso en lo que U. dice; pero quiero suponer que sea todo así;

Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia, en que todos los papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumpliesen siempre con sus deberes; lo que sí dijo es, que no permitiria que esta Iglesia errase, y que estaria con ella hasta la cosumacion de los siglos; ¿qué tienen pues que ver los vicios, ni de los eclesiáticos, ni de los obispos, ni de los papas, con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ellos á un enviado de Jesucristo; si son viciosos lo sentiré, me copadeceré de ellos, pero esto no me autoriza á apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que oiga á sus ministros, y no me advierte que no los haya de oir cuando sean malos.

Protestante ¿Cómo es posible que Jesucristo para enseñarnos la verdad quiera nunca valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

Católico. Vea U., cada cual mira las cosas á su modo: yo tan lejos estoi de

extrañar lo que U. extraña, que ántes al contrario me pareceria mui irregular que Jesucristo hubiese querido valerse solo de ministros buenos. Porque ó era menester en tal caso que hubiera estado haciendo continuameute un gran milagro, no permitiendo que en ningun tiempo y en ninguna parte del mundo, ningun ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado; ó bien era menester que nos diese una señal fija, para conocer cuales eran los ministros pecadores, para saber que no habiamos de escucharlos. Ya sabe U. y lo sabe todo el mundo, que muchos pecados hai que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete: en tal caso ¿qué remedio tendriamos? huviera Dios de estar enviándonos de continuo ánjeles para revelarnos que no escuchemos á tal eclesiástico, á tal obispo, porque ayer á tal hora cometió este ó aquel pecado. ¿No ve U. en qué confusion andaríamos de continuo, si siguiéramos semejante doctrina? ¿No ve U. pues cuán infundado es decir que la

Iglesia Romana erró, y que no debemos escucharla fundando esto en los vicios de los eclesiáticos, de los obispos, ni aun de los papas; y aun suponiendo que sean tantos y tan graves como U. dice, y aunque lo fueran mucho mas?

Protestante. ¿Pero no es cosa bien dura la que sosteneis y practicais vosotros los católicos, de sujetar el entendimiento en materias de fe al juicio de la Iglesia, es decir de otros hombres?

Católico. Nosotros sujetamos nuestro juicio á la autoridad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo Dios, prometiéndole su asistencia para guardarla y enseñarla; de consiguiente sometiéndonos á la autoridad de la Iglesia, nos sometemos á la autoridad del mismo Dios.

Protestante. ¿Pero acaso no es bastante la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

Católico. No señor: y la mejor prueba son UU. mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia

Católica, han estado apelando á la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado á sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse: formándose tantas y tan variadas sectas, que no es fácil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma; ¿cómo es posible pues que se halle la verdad en sectas que de tal manera entre sí discrepan, y que cada dia están variando de creencia? No puede darse mas sólida prueba de la falsedad de una regla que ser conducido por la misma á resultados falsos: y la regla de interpretar la Sagrada Escritura, ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando la voz de la Iglesia Católica, los ha conducido á UU. los protestantes á tantos errores, que en la actualidad seria mui ardua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun contarlos.

Protestante. Pues, ¿á dónde podemos recurrir mejor que á la misma palabra de Dios?

Católico. Si la palabra de Dios fuese

tan clara por todas partes, que no ofreciese dificultad alguna, de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entónces seria admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres mas sábios; y UU. mismos que se empeñan en tenerla por tan clara y tan fácil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y âun cada sectario, la entiende á su modo. Me parece á mí que si Jesucristo no hubiera dejado sobre la tierra una autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habria dejado en una confusion tal, que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina. Desde que Jesucristo vino al mundo, han nacido de continuo sectas y mas sectas, que han enseñado los mas groseros y monstruosos errores, como U. no podrà negarme: ¿qué seria pues de la verdad, si no tuviésemos á la mano una regla segura y fija por la que pudiéramos dis-

tinguir la verdad del error? Nosotros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos, y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura á que UU. los protestantes apelan; y ademas, aun mirada la cosa á la sola luz natural, se ve que es tan conforme á razon el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si así no fuera, podria decirse que nos dejó sin certeza sobre lo mas necesario para nuestra salud, y que no acertó á fundar bien su Iglesia: lo que seria una blasfemia contra su bondad y sabiduría.

CAPITULO XXIV.

Otro argumento contra los protestantes.

AUn prescindiendo de estas razones cuya solidez no podrá menos de ser re-

conocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se habia de reformar, que se habian de correjir sus abusos y errores; pero yo preguntaré ¿si para ejecutar todo esto era necesario que aquel ó aquellos que acometieron tamaña empresa, fueran enviados de Dios y que hubieran recibido del cielo tal encargo? es evidente que sí; porque ¿quién se arroja á enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien: Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero, y todos los demás corifeos del protestantismo, ¿de quién tenian semejante mision? ¿qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hai en la actualidad un solo protestante instruido y juicioso, que no se echara á reir si se le hablase de milagros ó de profecías, que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores: todo el mundo sabe que la historia de estos hombres funestamente célebres, es tan reciente, que no es difícil seguir su vida paso á paso, y mani-

festar que hai no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas: ¿cómo se quiere pues que demos fé á sus palabras? ¿No vale mas atenerse á la autoridad de la Iglesia Romana cuya fundacion data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas vicisitudes y contratiempos, ha permanecido siempre inalterable enseñando una misma doctrina?

CAPITULO XXV.

Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios.

SUcede á menudo que se argumenta contra la Relijion, no atacando ni los milagros ni las profecías, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad; sino que se fija la cuestion sobre algun misterio, y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discrecion, ó sino se corre

peligro de salir desairado en la disputa. La razon es clara: el misterio por lo mismo que es misterio, no puede ser explicado de manera que se presente á nuestra razon con toda claridad; y entónces prevaliéndose el incrédulo de la oscuridad que debe por precision acompañar las explicaciones del católico, llama falso lo que solo debe llamarse incomprensible. No sucederá esto, si el católico sabe colocar la cuestion en el verdadero terreno: lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflexiones que siguen.

En primer lugar debe guardarse mui bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad: esto seria negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos nosotros comprenderle y explicarle, dejaria para nosotros de ser misterio. Así es que en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encranacion ó de otro cualquiera, si bien no puede reprendérsele que procure aclararlos, ó con aque-

llos símiles que haya visto en el catecismo ó con aquellas reflexiones que haya oido á personas sábias y relijiosas, debe sin embargo andar en esto con mucho tiento, no sea que dando á los símiles ó á las reflexiones mas importancia de la que en sí tienen, pretenda que es una razon sólida, si lo que es tan solo una comparacion oportuna, ó una aclaracion plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos por lo mismo que le reconocen como misterio. Será bueno tambien en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces seria mui saludable no echar mano de ninguno de esos medios; porque ó el incrédulo ó los otros que escuchan podrian creer que aquello se aduce como una prueba; y por otra parte, si el adversario es algo sagaz cuidará de atacar el flanco débil, y si logra hacer vacilar la razon de congruencia, se jac-

tará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo mas prudente en tales casos seria adaptarse poco mas ó menos, al método prescrito en el siguiente diálogo.

CAPITULO XXVI.

Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios.

DIrá el *incrédulo*: ¿cómo es posible creer las cosas que creen UU? Tres personas y sin embargo un solo Dios; un Dios hecho hombre; la sustancia del pan convertida en cuerpo de este Dios-Hombre; y otras cosas semejantes, á ver ¿cómo me explica U. estos misterios?

Católico. Ningun católico pretende poder explicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mismo ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo. Pero y entónces ¿cómo los creen UU.?

Católico. Es mui sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo. Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿qué mérito puede tener delante de Dios?

Católico. Si fueran cosas que las comprendiéramos con la sola razon, poco mérito tendria la fé: creyéndolas, sujetamos nuestro débil entendimiento á la sabiduría infinita.

Incrédulo. Pero yo quisiera que U. me explicase por ejemplo, ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

Católico. No lo sabria explicar bien: repito que para mí es un misterio, le acato profundamente y me tendria por culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo. Vamos; esa sumision tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende, me parece insoportable.

Católico. A mí me parece mui llevadera; y está mui lejos de parecerme ciega. Si U. me permite, le manifestaré cómo yo concibo esta sumision del en-

tendimiento; y para el efecto me tomaré la libertad de dirijirle algunas preguntas.

Incrédulo. U. la tiene; le escucharé con mucho gusto.

Católico ¿Hai cosas que nuestro entendimiento no puede comprenderlas? ¿y el no comprenderlas es razon bastante para negarlas?

Incrédulo. Esta es una pregunta tan jeneral....y tan vaga....

Católico. ¡Cómo jeneral! ¡y cómo vaga! antes es mui precisa. No tema U.; para manifestar que hai cosas que no podemos comprender, no me será necesario subir al cielo, ni descender á las entrañas de la tierra, ni atenerme á cosas jenerales y vagas; sino que aquí mismo tengo hechos que U. no podrá contestarme. ¿Ignora U. que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿nos comprendemos acaso á nosotros mismos? esos ojos con que vemos, el oido, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos aca-

so en qué consisten? ¿ha podido explicarlo hasta ahora ningun filósofo del mundo? ¿no sabe U. que los mas grandes sábios andan á tientas cuando tratan de explicar los fenómenos mas comunes de la naturaleza?

Incrédulo. Efectivamente es así; la naturaleza está llena de arcanos; y nosotros mismos á nuestros ojos, somos un gran misterio; pero ¿qué infiere U. de esto?

Católico. Lo que infiero es, que hai muchas cosas que nosotros no las entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razon para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos ó no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla ó no. Si bien se mira, eso que extraña U. tanto en los católicos, lo está viendo practicar por todo el mundo, y lo practica U. mismo todos los dias. Cuando nos cuentan que en tal pais hai un animal mui extraño, que hai una mina mui abundante de este ó aquel metal, que hai una planta rara de

esta ó aquella naturaleza, que acaecen allí extraños fenómenos que no vemos entre nosotros; para creerlo ó no, nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas extrañeces, y porqué causas, sino quien lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su intelijencia, ya por su experiencia, ya por su veracidad: y tendriamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal pais tienen los hombres tal color porque no concibe como esto puede verificarse.

Haga U. la aplicacion á nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una relijion, lo que debemos mirar es, si efectivamente aquella relijion tiene los caractéres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios; ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe cosas, que nosotros no podemos saber? ¿Y porqué no podria revelárnoslas? y dándonos él á conocer que en realidad es él mismo quien nos las revela, ¿quién podrá negar la obligacion

que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeríamos á Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra relijion es divina, las tenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecías, y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora; ¿qué mas queremos? ¿que tiene pues de extraño nuestra fé?

CAPITULO XXVII.

Se manifiesta la existencia y la necesidad del Sumo Pontificado.

SUcede con frecuencia que los que tratan de combatir la Relijion católica se abstienen de hablar contra el cristianismo; y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo: valiéndose mañosamente de ese medio para dirijirle un tiro mas récio y certero. Saben mui bien, que sin cabeza de la Igle-

sia, no hai catolicismo y por esto procuran desacreditar el Sumo Pontificado presentando la supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa, conviene tener á la vista algunas reflexiones con que se pueda responder á esa clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos como si fuera de una institucion monstruosa, es sin embargo lo mas sencillo, lo mas conforme á razon, que imajinarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina, y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que la autoridad del Papa es superior á la de los obispos, y que estos deben respetarle y obedecerle, como que es puesto por ellos por el mismo

Jesucristo. Dejando aparte las muchas pruebas, que en favor de estas verdades podrian sacarse de la Escritura y de la Tradicion, nos limitarémos á algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña, sin un jefe que la presida y la gobierne. En la familia hai la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, hai sus alcaldes, sus gobernadores, sus jefes políticos, sus capitanes jenerales; en las naciones hai un rei, si son monarquías, ó bien si son repúblicas, un presidente, un cónsul, &c., es decir un jefe, con uno ú otro nombre. Siendo pues la Iglesia Católica una sociedad extendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un jefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo

menos prevision y buena voluntad, que todos los demas lejisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo jamás se olvidaron de crear una autoridad, que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez, que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, estariamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios jenerales á donde concurren, ó al menos son llamados, los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios por lo mismo de ser una reunion, han de tener una cabeza, y esta no existe sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrian hacerse sobre este punto, contentarémonos con una, que disipa de un golpe toda la dificultad, demostrando hasta la evidencia, la necesidad del Sumo Pontificado; y que sin él, no bastarian para

el gobierno de la Iglesia los solos concilios jenerales.

La Iglesia no es una sociedad que exista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirijir y gobernar, no puede ser una autoridad intermitente: los concilios, y mayormente los jenerales, no pueden reunirse sino á trechos, y estos mui largos: luego no son á propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio jeneral, que es el de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos; ¿qué habria sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo, si no hubiese existido otra autoridad que la de los concilios? ¿y qué seria en adelante, cuando atendidas las dificultades é inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones, quizás pasarán siglos sin que se tenga otro concilio jeneral? A cada paso surjen disputas sobre la fé y las costumbres, á cada paso se ofrecen difiicultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿á donde podria recurrir el

pueblo fiel, si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra su vicario en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesaria mucha obstinacion para no rendirse á su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oidos á los que intentaren persuadirle que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos que de un dogma de fé, reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el dia en que deje de reconocer que el Papa es el Supremo Pastor de la Iglesia, aquel dia deja de ser católico.

CAPITULO XXVIII.

Sobre la potestad de la Iglesia para imponer mandamientos á los fieles.

ES cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos, de

la obligacion que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hai de cuya boca no se oze la impugnacion de ningun misterio, y que se glorían de conservar la fé, pero que sin embargo en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente, que "esto es cosa de hombres, que ellos son cristianos, pero no fanáticos;" y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, &c. Lo que hai de mui notable en semejante conducta es, la inconsecuencia: porque si son cristianos católicos, no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad lejislativa en las cosas que son de su pertenencia; y que por tanto puede imponer á los fieles aquellos preceptos, que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de aquí, que se los puede reconvenir con la reflexion siguiente: ¿creeis que la Iglesia tenga facultad para imponernos preceptos, en las materias que son de su incumbencia? Si decis que no, entonces ya no sois católi-

cos, ya habeis dejado de crer un punto de fe católica; si decis que sí, entónces ¿cómo es que llamais preocupacion y fanatismo, el cumplimiento de unos preceptos, cuya lejitimidad admitis, como dimanados de una autoridad reconocida por nosotros mismos por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale mas que confiese su debilidad, que no el que para excusarla se valga de expresiones cuyo significado natural es, ó bien que ha dejado de ser católico, ó bien que es inconsecuente de un modo inconcebible.

La fé nos enseña la obligacion que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia; sin embargo bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada, ha de haber leyes para su arreglo; luego ha de existir tambien un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obliga-

dos á obedecer las leyes que en ella rijen, porque de otra manera, inútil seria la lei, irrisorio el derecho de la autoridad lejislativa, é imposible ademas el buen órden y hasta la existencia de la sociedad. La Iglesia Católica es una sociedad extendida por toda la tierra; luego ha de existir en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego estos están obligados á obedecerlas.

CAPITULO XXIX.

Autoridad de la Iglesia en la prohibicion de los malos libros.

LA prohibicion que hace la Iglesia de la lectura de los malos libros, es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo estos en nada la autoridad de la Iglesia, no es extraño que no la reconozcan tampoco en lo tocante á la prohibicion de los malos libros; pero al menos deberian confesar que la Iglesia prohi-

biéndolos procede consecuente á sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas, usa de un derecho indisputable prohibiendo á su familia el leerle; la autoridad civil prohibe tambien la circulacion de aquellos escritos, que inducen á la infraccion de las leyes ó de la corrupcion de costumbres, ó que pueden provocar disturbios y sedicion; es decir que el vijilar sobre los libros ó escritos, es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil; y no podia ser de otra manera, dado que no puede ponerse en disputa la poderosa influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien ya en mal. Previas estas observaciones, preguntarémos á todo hombre juicioso: ¿si no encuentra mui natural, mui razonable, mui justo, el que la Iglesia encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, que ha recibido de Jesucristo la mision de guiar á los hombres al alto destino

de la eterna salvacion, vijile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohiba la lectura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó corrompa las costumbres? ¿Cómo pues se puede disputar á la Iglesia el derecho de prohibir á sus miembros, el que por una curiosidad indiscreta dén la muerte á su alma.

CAPITULO XXX.

Demuéstrase la necedad de aquellos que hacen del incrédulo para parecer sábios.

NO faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupacion y de sabiduría; y quizás sea este el motivo que habrá inducido á no pocos hasta el extremo de finjirla. ¡Lamentable extravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! Preocupacion funesta que es necesario combatir y contra la

que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años. Un libro como este, no es el lugar á propósito para desvanecer semejante error, con toda la abundancia de erudicion y de reflexiones á que se brinda la materia, pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones, y consignar algunos hechos, que puedan servir para manifestar que la fé no está reñida con la ilustracion y la sabiduría.

En primer lugar: la fé versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razon; por manera que si trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fé, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razon puede alcanzar; luego versando la fe sobre objetos distintos de los que ocupan á la ciencia, la una no daña ni embaraza la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fé y la ciencia, ántes bien se ayudan mu-

tuamente; pues como ambas son una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad, prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree, y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones para manifestar cuan fundada es su fé; y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes, y haciendo ver que si bien son superiores á la razon, no son empero contrarios á la razon.

La ciencia puede tambien á su vez reportar de la fé mucho provecho; y le ha reportado en efecto como podria demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos jentiles con la de los filósofos cristianos, con relacion á las cuestiones mas elevadas, se verá que aquellos eran unos verdaderos niños con respecto á estos; y en efecto un niño con solo el

catecismo cristiano, aprende tan altos conocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, en una palabra, todos los grandes hombres de la antigüedad, le escucharian con admiracion y asombro. Y con razon: porque las mas elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la moral, las oirian explanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia, para columbrar siquiera una solucion verosímil.

Esto no es exajeracion, es una verdad en la que están acordes todos los sábios; y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano á la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo pues será posible que la relijion de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustracion? ¿Lo que tanto ha contribuido á iluminar al linaje humano, podria ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduria infinita,

del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI.

Continuacion de la misma materia.

Qui escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano, los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres mas ilustres, que con sus talentos y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la Relijion cristiana, y se verá que los sábios mas distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia Católica. Recórranse los catálogos de los hombres que mas se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia Católica presentar mucho de entre sus hijos, que sin dejar

de cautivar el entendimiento en obsequio de la fé, brillaban como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué mas? ¿no poseemos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse y se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos, y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la Relijion sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de la ilustracion, y que la fé sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sábio, es señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril, es una reprensible frivolidad de que debe preservarse todo hombre intelijente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipacion y bullicio del mundo, empieza ya á ser mirada con mal ojo la irrelijiosidad, y va cayendo en

desprecio la insensata moda de hacer del incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas á la Relijion, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irrelijiosas.

CAPITULO XXXII.

Reflexiones que debe tener presentes el católico al proponérsele alguna dificultad contra la Relijion.

PUede ocurrir con frecuencia que á un católico se le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que mas puede inferirse de ocurrencias semejantes, es ó que el adversario tiene mayores alcances ó mas instruccion en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error, no es cosa que suceda exclusivamente en las cuestiones relijiosas, pues que acontece lo

propio en todos los demas ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa, arrolla y confunde á su adversario, ó por la superioridad de su talento y conocimientos, ó por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones ¿no presenciamos á cada paso que un hombre de entendimiento claro y despejado, sobre todo si está dotado de una locucion fácil y expedita, da á todos los asuntos el jiro que mas le agrada; y hace ver, como suele decirse, *blanco lo negro y negro lo blanco?* Luego nada prueba contra la Relijion el que un incrédulo haya propuesto una dificultad, á la que los católicos que le escuchaban no hayan sabido qué responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga á la vista las siguientes consideraciones. El incrédulo que propone la dificultad, no es regularmente un hombre mui sábio; será mas ó menos entendido, tendrá mas ó menos instruccion, pero al fin pertenecerá cuando mas á aquella esfera de personas inteli-

jentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja pues entender que el argumento de que se vale, no deberá de ser alguna invencion rara de que no se tenga noticia en el mundo: sino que será alguna especie tomada de algun libro irrelijioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apolojistas de la Relijion; y es bien seguro que bastaria la presencia de una persona relijiosa é ilustrada para disipar como el humo la dificultad que tanto engrie al ufano disputador.

Además, aun cuando supusiéramos que la dificultad es tan grave, que ningun sábio del mundo es bastante á soltarla, no por esto se podria inferir que fuere falsa la Relijion. Nuestro entendimiento es tan flaco, que no ve las cosas sino á medias; con su poca luz no distingue bien los objetos, de aquí es que aun en las materias en que se encuentra mas certeza, no hai un punto sobre el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el po-

derse objetar dificultades contra una verdad, fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podriamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solucion no era tan fácil como á primera vista podria parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara, como es la existencia del movimiento, fué tambien puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué extraño pues si en materias tan difíciles, y tan graves como son las relijiosas, ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos á desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil, que alcanza apenas á comprender las cosas mas sencillas y mas claras, cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos, y palpamos con nuestras manos, tropezamos á menudo con dificultades inexplicables, ¿deberémos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios, que están en rejion elevada á donde llegar

no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la Relijion, que se oyen en las conversaciones, puede aplicarse tambien á las que se leen en los libros: solo que en este último caso son mucho mas peligrosas, á causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A mas del preservativo mas sencillo que es no leer libros irrelijiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le vienen á la mano, que lo que en ellos se encuentra contra la Relijion, ha sido refutado mil veces, y que no necesita mas que buscar alguna de las muchas preciosas apolojías de la Relijion que circulan por todas partes, para encontrar satisfechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la Relijion católica.

APÉNDICE.

En el curso de esta obrita no he querido emplear el comun sistema de preguntas y respuestas, porque proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa Relijion, y queriendo por consiguiente evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente exponerlas de manera, que con la misma novedad del método se llamase y fijase mas su atencion. Ademas se ha de tener presente que en mi juicio, el estudio de esta obrita debe reservarse para los niños algo adelantados en edad; y por tanto desaparece ya el pequeño embara-

zo que podria ofrecer el no estar arreglada por el método de preguntas y respuestas.

Sin embargo para ahorrar en lo posible á los señores maestros todo nuevo trabajo, he echado mano de dos medios: 1. ° Disponer de tal suerte el título de casi todos los capítulos, que para emplear cuando se juzgue conveniente el método de las preguntas y respuestas, no tengan que hacer otra cosa los maestros que expresar el mismo título en forma de interrogando, con alguna mui lijera modificacion que les sujerirán sin duda su discrecion y conocimiento. Si en algun caso ha sido conveniente señalar hasta el curso que se debia dar á la conversacion en materias relijiosas, entónces me he valido del diálogo. 2. ° Añadir el diálago que viene á continuacion, donde se encontrará en brevísimo espacio, lo principal de la obrita. Los maestros podrán hacer de este diálogo el uso que estimen conveniente; pero me parece que deberia emplearse para fijar mas en la memoria

de los niños lo que hubiesen aprendido por extenso en el cuerpo de la obra. Debe considerarse el diálogo como auxiliar, no como principal.

§. I.

P. ¿Cómo se puede confundir á quien niegue ó ponga en disputa la existencia de Dios?

R. Levantando la mano y señalando con ella la admirable máquina del Universo.

P. ¿Y esto será bastante?

R. Sin duda; porque si tengo un reloj me reiria de quien dijese que aquella maquinita se ha hecho por sí misma; si veo un hermoso cuadro, tendré por un loco al que afirme que nadie le ha pintado. ¿Y qué máquina mas grandiosa que la de los cielos y la tierra? ¿qué cuadro mas magnífico que el firmamento tachonado de esplendentes astros, y el globo que habitamos, cubierto de tanta riqueza, variedad y hermosura? Todo esto me demuestra hasta la evi-

dencia, que hai un Dios que todo lo ha criado y ordenado.

P. ¿Y qué piensa U. de los atributos de Dios?

R. Que el autor de toda perfeccion ha de tener en sí todas las perfecciones; y que por consiguiente ha de ser eterno, infinitamente sábio, santo, justo, que ve de una ojeada lo pasado, lo presente y lo porvenir, que conoce las cosas mas ocultas, que penetra hasta el mas hondo secreto de nuestros corazones.

P. ¿Cuida Dios de nosotros?

R. Si no hubiese querido cuidar ¿para qué criarnos?

P. Pero siendo nosotros tan pequeños, tan débiles y miserables, ¿no parece extraño que Dios fije en nosotros su atencion?

R. Por lo mismo que somos tan pequeños, tan débiles y miserables, necesitamos mas del cuidado de la Providencia; y seria mucho mas extraño, que quien nos crió, sabiendo ya que seriamos lo que somos, nos hubiese abandonado. Un padre que abandona á sus

hijos es tenido por cruel y desnaturalizado, ¿y podrémos creer que Dios haya criado al linaje humano, echándole á este mundo, solo, desamparado, sin destino, marchando al acaso? No es tal la idea que debemos formarnos de Dios.

P. U. supone que Dios ha criado al linaje humano; pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razon?

R. Es mui fácil: yo tuve mis padres, estos tuvieron los suyos que eran mis abuelos, estos otros, y así sucesivamente. Esta cadena al fin se ha de acabar, y de consiguiente hemos de venir á unos padres que no nacieron de otros, y de consiguiente debieron ser criados por Dios.

P. Pero ¿y no habia otro medio sino el que los primeros padres fueran criados por Dios?

R. No hai otro: porque es claro que no se pudieron criar á sí mismos.

P. ¿Y si deciamos que nacieron de la misma tierra?

R. Semejante absurdo no merece refutacion.

P. El hombre ¿tiene alma?

R. Sí señor: porque dentro de nosotros hai un ser, que piensa, quiere y siente, como cada uno lo experimenta por sí mismo; y á este ser le llamamos alma.

P. ¿Es corporal el alma?

R. No señor: porque lo que piensa no puede ser cuerpo: pues que los cuerpos no solo son incapaces de esto, sino hasta de moverse por sí mismos.

P. ¿El alma muere con el cuerpo?

R. No señor. Todos los pueblos de la tierra han creido que habia otra vida, á donde iba el alma despues de separada del cuerpo. Ademas si no hubiese otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, ¿cómo se podria explicar la dicha de muchos malvados en este mundo, y la desdicha de muchos virtuosos?

§. II.

P. ¿Existe alguna relijion?

R. Sí, señor: porque de otra suerte,

no sabriamos de qué modo tributar á Dios nuestro culto, ni cuales son los medios que debemos emplear para llegar al fin â que Dios nos ha destinado.

P. ¿Y qué le parece á U. de los hombres que no piensan jamás en la Relijion, y que no quieren examinar si la hai, ni cual es la verdadera ó la falsa?

R. Que son mui insensatos: porque al fin ha de venir un dia en que han de morir; y entónces experimentarán por sí mismos lo que ahora se empeñan en olvidar.

P. Pero ellos dicen, que quizás no haya nada de cuanto nos habla la Religion.

R. ¿Y si hay? como es bien claro que el cielo no será para los que dudan de él, no les queda otro destino que el infierno. Figurémonos que un hombre anda de noche por un camino, donde, se gun le han dicho muchos, encontrará un horrendo precipicio. Este hombre duda si efectivamente es así, pero no quiere cuidar de asegurarse de la verdad ó falsedad de lo que le avisan; y sin luz, sin mirar donde pone sus piés, echa á cor-

rer por el camino, ¿qué nos parecerá de la prudencia de aquel hombre? ¿no diriamos que ha perdido el juicio? ¿no diriamos que él se tiene la culpa, si encontrando el precipicio se despeñase?

P. ¿Y tenemos algunas señales que nos indiquen cuál es la Relijion verdadera.

R. Sin duda; otramente podriamos decir que Dios nos ha dejado sin luz en el negocio que mas nos importa.

P. ¿Cuáles son estas señales?

R. Son las que muestren que la Relijion de que se trate, ha dimanado de Dios.

P. ¿Y esto cómo lo conocerémos?

R. Mirando cuál es la relijion que tiene en su favor hechos, que manifiesten la expresa sancion de Dios: como por ejemplo milagros y profecías.

P. ¿Hai alguna relijion que reuna todos los caractéres necesarios para asegurarnos de que es divina?

R. Sí señor: la Católica Romana.

P. ¿Está U. bien cierto de que exis-

tió Jesucristo?

R. Sí señor: porque aunque no estuviera cierto de ello por la fé, como verdaderamente lo estoi, bastaria para asegurarme de esta verdad, el ver que la existencia de Jesucristo, está humanamente hablando, tan probada como la de Alejandro, de César, de Platon, de Ciceron, de Virjilio, y la de todos los hombres célebres.

P. ¿Cómo se podrá probar que Jesucristo no era un impostor?

R. Es mui fácil: su vida es un espejo purísimo donde nadie ha podido encontrar una mancha; su doctrina es tan elevada y tan santa, que ha llenado de admiracion hasta á los mayores enemigos del cristianismo, en Jesucristo se cumplieron de un modo admirable todas las profecías, que con respecto á su persona se habian publicado muchos siglos ántes de su venida; hizo tantos y tan estupendos milagros, que llenó de confusion á sus enemigos que no sabian cómo explicarlos; no habiendo aprendido las letras en ninguna parte,

poseía no obstante tan alta la sabiduría, que ya desde su niñez fué la admiracion de los doctores; y además fundó una Iglesia en la que se cumple exactamente lo que él predijo, que todos los esfuerzos del infierno no bastarian á destruirla. ¿Qué mas queremos, para asegurarnos de que Jesucristo era verdaderamente enviado de Dios?

P. Pero Mahoma tambien fundó una relijion, que se extendió mucho, y que dura todavía; y no creyendo en la de Mahoma, ¿porqué hemos de creer en la de Jesucristo?

R. La diferencia es mui grande. Mahoma fundó su relijion siendo un hombre rico y poderoso, Jesucristo siendo pobre; Mahoma era instruido porque habia estudiado, Jesucrisio era sábio sin haber aprendido de ningun hombre; Mahoma halagó las pasiones, Jesucristo las enfrenó; Mahoma se valió de soldados, Jesucristo de apóstoles pobres y desvalidos; Mahoma no hizo ningun milagro en público, Jesucristo infinitos, á la luz del dia, á la faz de to-

do el mundo; la moral de Mahoma es relajada, la de Jesucristo es severa y pura; las doctrinas de Mahoma son extravagantes y ridículas, las de Jesucristo son sublimes: en Mahoma no se cumplió ninguna profecía, en Jesucristo todas; y por fin allí donde se ha establecido el mahometismo, allí vemos corrupcion, esclavitud, degradacion y no parece sino que la humanidad camina rápidamente hácia el sepulcro; y allí donde ha reinado el cristianismo, allí vemos al hombre con dignidad, con moral pura, con bienestar, con dicha, en cuanto cabe en esta vida mortal; ¿qué tiene pues Mahoma de comparable con Jesucristo?

P. Y la idolatría ¿no estuvo tambien mui extendida por la tierra ántes de la venida de Jesucristo; y aun ahora no reina todavía en muchos paises?

R. Sí señor; pero esto no hace mas que ofrecernos una prueba de la ceguera y de las miserias del hombre; porque basta una mirada á la historia de los dioses de los idólatras, para convencer-

se de que la idolatría, mas bien que una relijion, es una masa informe de errores y absurdos.

§. III.

P. Ya que ha hablado U. de la ceguera y miserias del hombre, ¿qué le parece á U. del dogma del pecado orijinal?

R. Que es un misterio incomprensible al hombre; pero que al propio tiempo explica otros misterios que se encuentran en el mismo hombre.

P. ¿Qué quiere U. significar con lo que acaba de decir?

R. Que en nosotros se encuentra tan confusa mezcla de bien y de mal, de intelijencia é ignorancia, de grandor y de pequeñez, en una palabra, tanta contradiccion, que si no suponemos que el linaje humano haya sufrido una dejeneracion no podremos explicarnos á nosotros mismos.

P. ¿Parécele á U, este dogma de alta importancia?

R. Sí señor: porque ademas de lo que acabo de indicar, sobre lo mucho que sirve para explicar las contradicciones que se observan en el hombre; es nada menos que uno de los puntos capitales, en que estriba el vasto y admirable conjunto de los dogmas de nuestra santa Relijion.

P. ¿Cómo explica U. esto?

R. Caido el linaje humano por la culpa en desgracia de Dios, no podia levantarse de tan fatal estado por sus propias fuerzas. Dios se compadeció de él, envió á su Hijo unijénito que se hizo hombre en las entrañas de la Vírjen María. Siendo Dios-Hombre eran sus padecmientos y méritos de un valor infinito á los ojos de Dios; y así padeciendo y muriendo por nosotros, satisfizo á la justicia divina la deuda, que el hombre no habria podido satisfacer jamás.

§ IV.

P. ¿Quién fundó la Iglesia?

R. Jesucristo.

P. ¿Hasta cuando durará?

R. Hasta la consumacion de los siglos; pues que así lo prometió Jesucristo, quien siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.

P. ¿Basta para salvarse vivir en una cualquiera de las iglesias que se llaman cristianas?

R. No señor: es necesario vivir en la verdadera; y esta es una sola, que es la Católica Romana.

P. ¿Es absolutamente necesario reconocer al Papa como cabeza visible de la Iglesia?

R. Sí señor; porque él es el sucesor de San Pedro, quien recibió de Jesucristo la potestad de apacentar todo el rebaño de los fieles.

P. ¿Y los obispos tambien deben estarle sujetos?

R Sí señor; pues que Jesucristo á nadie exceptuó.

P. ¿Y no bastaria que los fieles obedeciesen á sus respectivos obispos, y que cada uno de estos fuera independiente?

R. Entónces ya no seria una Iglesia, sino muchas; ó mas bien habria un cuerpo sin cabeza. Además, ¿quién resolveria los negocios pertenecientes á la Iglesia universal?

P. ¿No podrian los concilios hacer todo lo que hace el Papa?

R. No señor; porque aun prescindiendo de otras dificultades, tendriamos que la Iglesia estaria casi siempre sin autoridad; pues que los concilios no se reunen sino de vez en cuando; sobre todo los jenerales. El de Trento es el último que se ha tenido y han pasado ya desde su reunion cerca de tres siglos.

P. Para probar en pocas palabras la necesidad del sumo Pontífice, ¿qué razon señalaria U.?

R. Diria, que no hai ni puede haber sociedad sin cabeza; de consiguiente ni Iglesia sin Sumo Pontífice.

§. V.

P. ¿Tiene la Iglesia facultad de impo-

ner preceptos á los fieles?

R. Sí señor: porque en toda sociedad ha de haber facultad de hacer leyes, que obliguen á los que pertenecen á ella.

P. ¿Puede la Iglesia prohibirnos la lectura de malos libros?

R. Sí señor; por la misma razon que un padre prohibe á sus hijos el que coman alimentos dañosos.

P. ¿Qué entiende U. por malos libros?

R. Los que extravían el entendimiento, ó corrompen el corazon.

P. ¿Es mui peligroso el que los malos libros nos acarreen semejante daño?

R. Sí señor: son peores que las malas compañías; porque los tenemos á todas horas; el autor, cuya capacidad por lo comun es mui superior á la nuestra, adquiere sobre nuestro espíritu mucho ascendiente, y acaba por arrastrarnos á sus errores, por mas que al principiar la lectura, nos háyamos prevenido contra su influencia.

P. Pero entónces ¿no quedarémos sin ilustrarnos en muchas materias?

R. No señor; porque todo lo necesario

para la verdadera ilustracion, se halla tambien en los libros buenos.

P. ¿Es verdad que la ilustracion esté reñida con la Relijion?

R. Es un gravísimo error: la historia entera le contradice: los hombres mas sábios han sido relijiosos; si ha habido alguna excepcion, esta no destruye la regla.

§. VI.

P. ¿Qué conducta guardará U. en las disputas sobre Relijion?

R. A mas de procurar tener presentes las advertencias que se me han dado en el cuerpo de este libro; cuidaré sobre todo de que un celo indiscreto no me lleve á disputar de puntos que no entienda.

P. ¿Y porqué tanto cuidado? ¿por quedar mal?

R. No precisamente por esto; sino porque mi imprudencia podria hacer daño á la causa de la verdad.

P. Si le proponen á U. contra la Relijion una dificultad que no sepa soltar, ¿qué hará U.? ¿se dará U. por conven-

cido?

R. No señor; porque si así lo hiciéramos, de nada podriamos estar seguros. Suponga U. la cosa mas cierta y mas evidente del mundo, y nunca faltarán hombres que la sepan combatir de manera que parezca que vacile. Esto proviene de la misma debilidad de nuestro entendimiento, que no nos deja ver las cosas con toda claridad; y así en teniendo el adversario en la disputa, ó mas talento ó mas instruccion, siempre confunde ó al menos enreda á los otros.

FIN

ÍNDICE.